

El frívolo secuestro de los valores morales

José Ignacio Rey

En la noche del 15 de abril dos individuos fuertemente armados secuestraron a dos jóvenes hermanas en su propio domicilio (Terrazas del Ávila, en Caracas), con intenciones de robo. Ante el inmediato cerco policial, las víctimas quedaron convertidas en rehenes. Después de más de veinte horas de tensa negociación y tras el asalto final de la policía, el caso quedó definitivamente resuelto con la muerte de uno de los secuestradores y de una de las secuestradas.

El papel jugado en los sucesos por los medios de comunicación en general y por la televisión en particular, durante todo el día de ese martes, fue y ha sido juzgado severamente, desde varios puntos de vista, por la opinión pública.

En orden a analizar con seriedad el comportamiento de los medios, la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello y con el título «El periodismo rehén», organizó un foro en su Aula Magna el jueves 25 de abril. En el mismo fueron expositores Pablo Antillano, Marta Colomina, Tulio Hernández, Caroline de Oteyza, Luis Enrique Pérez Oramas y José Ignacio Rey. Por razones de espacio, reproducimos aquí sólo la exposición de este último, miembro del Consejo de Redacción de nuestra revista.

El orden alfabético de los apellidos, me convierte, en esta ocasión, en el último ponente del Foro. Esta circunstancia prevista condiciona la estrategia de mi exposición, espero que favorablemente para ustedes: trataré de no repetir, en lo posible, lo que ya ha sido dicho por otros calificados colegas de panel.

Comenzaré por contarles lo que yo personalmente hice el pasado martes, 16 de abril, por si les sirve de algo la experiencia. Amanecí sereno, obviamente algo preocupado por las graves medidas económicas que, escasamente diez horas antes, había hecho públicas el gobierno. Cuando salía de mi habitación, me encontré a quienes conmigo viven, inusualmente a esa hora algo agitados y pegados del televisor. Enseguida supe de qué se trataba. En previsión de lo que seguramente la televisión pretendería hacer conmigo, les diré a ustedes ahora lo que yo hice con la televisión: en gesto —creo que civilizado— de protesta o de legítima defensa, viví todo ese día trabajando normalmente y bien alejado de la pantalla del televisor. Supe del triste desenlace del secuestro por un escueto noticiero de Radio Nacional a las 6,00 de la tarde. Mi único encuentro con la televisión ese día fue, ya en la noche y como casi todas las noches, a través del noticiero, de media hora, de AVN (Agencia Venezolana de Noticias). Así que —ya saben— me perdí el espectáculo grotesco —me cuentan— del martes 16.

Les contaré ahora lo que pensé cuando amablemente me invitaron a participar en este Foro. En un primer momento pensé que mi gesto de re-

beldía anterior me incapacitaba para comentar lo que yo no había querido presenciar. Inmediatamente pensé lo contrario: quizás era precisamente mi ausencia o mi distancia lo que me calificaba. Y, bajo ese presupuesto, acepté la invitación. No haría falta decir que, como profesional, manejo ahora suficiente información acerca del tema que nos convoca y ocupa.

Así pues y con todo, no vengo a hablar propiamente del frívolo secuestro de valores morales, por parte de los medios, precisamente ese martes 16 de Abril. Pienso que ese secuestro frívolo, siempre impune, es la conducta habitual de los medios, específicamente radioeléctricos. Lo del 16 no pasa de ser una evidencia más, dentro de una larga cadena de evidencias. Las honrosas excepciones —que las hay— vienen a confirmar la regla. Por cierto, no creo que falte gerencia informativa en los medios. Creo —eso sí— que es frívola, irresponsable y perversa.

Tres advertencias, antes de seguir adelante. Estoy a favor de la libertad de expresión; es más, he luchado siempre y lucho por hacerla efectiva para todos. Estoy en contra de la censura en todas sus formas y en todos los casos. Por supuesto y más en mi condición de profesor de Ética, lejos de mi cualquier actitud moralista.

Decía que el secuestro de valores morales es práctica habitual de nuestros medios radioeléctricos, pero no precisa o principalmente por el exceso de sexo o violencia, como se suele decir o pensar. Definitivamente, no es eso lo más grave. Creo que hay que situar el problema en otras coor-

denadas. La televisión privada en Venezuela, concesión de hecho irrevocable, en régimen de virtual monopolio además, siendo una industria cuya única meta real es vender publicidad, desde hace 43 años viene operando como *agente primario de socialización* (dado el bajo nivel cultural promedio y la quiebra de otras instituciones educativas, como la familia y la escuela). Es más, desde hace algún tiempo a esta parte, el descrédito generalizado de otras instituciones públicas ha convertido a los medios —la televisión, en concreto— en *actores políticos de primer rango*. Habría que ponderar lo que todo esto implica. No se puede dejar en manos de unos pocos comerciantes privados la responsabilidad de la constitución o reconstitución moral de todo un país. Tampoco la de fijar o imponer «agendas», en lo social y en lo político, copando casi absolutamente el espacio de lo público. Poder desmesurado, que antes calificué de perverso pero es, sobre todo, anti-democrático.

No es el lugar ni el momento para profundizar en el análisis o para abundar en detalles. Sólo he pretendido subrayar la necesidad de situar el problema de los valores morales en sus verdaderas coordenadas, que son sociales y políticas. Siempre he pensado —dicho sea de paso— que la supuesta decadencia generalizada de valores morales en Venezuela no es propiamente la causa de nuestros problemas, sino —mucho más— un síntoma o su efecto.

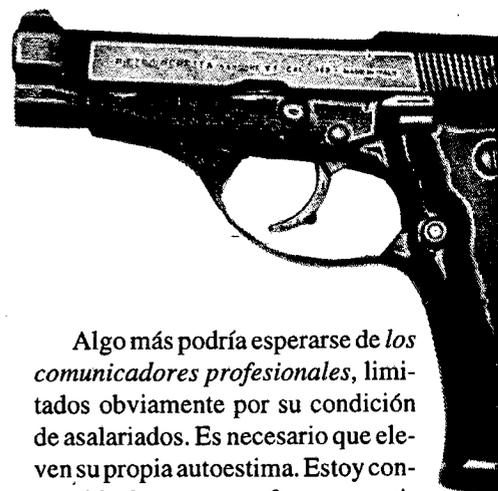
En ese contexto mediático, mercantilista y sobredimensionado, a nadie puede extrañar que el frívolo secuestro de valores morales sea una *práctica habitual*. Desinformación, tergiversación informativa, dramatización de la noticia con criterios de mala telenovela, trivialización de lo importante, énfasis en lo intrascendente, denuncia como escándalo, distracción generalmente inoportuna, espectacularización del dolor humano, inducción compulsiva al consumo, maltrato del sexo y exacerbación de la violencia también. Por encima de todo, irrespeto a la gente y mal gusto. Sobre todo, mal

gusto (quizás, en el fondo, el peor atentado contra la moral).

No comparto la tesis de moda que tiende a exculpar a los medios, sobre la base de que el receptor tiene capacidad propia para seleccionar, ordenar y tamizar los mensajes massmediáticos. Sin dejar de reconocer que es un punto de vista sugerente y considerable, reitero que *el efecto más perverso* de los medios en general y de la televisión en particular no es tanto el de atentar contra tal o cual norma de moral, sino el de desmoralizar, desanimar, confundir, vaciar, desarticular cualquier capacidad de respuesta, inhibir prácticamente cualquier virtualidad de construcción o de reconstrucción propias.

¿Soluciones? Lamentablemente y a estas alturas, *poco puede esperarse de un Estado* que jamás entendió —o no quiso entender— lo que en esta área estaba realmente en juego. Ni tuvo ni tiene una Política Nacional de Comunicaciones, como la tiene todo Estado moderno. Quizás el nuestro tiene «la política de no tener política». Cayó siempre en el chantaje de aceptar que «en comunicaciones la mejor ley es la que no existe». Se limitó a dejar hacer. Sigue sin entender su indeclinable responsabilidad de posibilitar, estimular, regular múltiples iniciativas en la prestación de lo que debería ser un servicio público verdaderamente competitivo. El pesimismo del corto plazo no debe impedir el que se mantenga viva la legítima pretensión de que pronto las cosas puedan llegar a ser de otra manera, con una efectiva reforma del Estado.

Poco cabe esperar de los *empresarios de los medios*, en términos de autorregulación. Ellos hacen bien lo único que saben hacer bien: garantizar el lucro, el rendimiento de su propio capital invertido. Los Códigos de Ética que ellos mismos, de tiempo en tiempo, redactan (rutina, por cierto, muy publicitada) no pasan de ser un saludo a la bandera, dirigido a acallar eventuales protestas. Se inscriben dentro de lo que hoy se conoce como «imagen corporativa».



Algo más podría esperarse de *los comunicadores profesionales*, limitados obviamente por su condición de asalariados. Es necesario que eleven su propia autoestima. Estoy convencido de que, con esfuerzo, creatividad, valía y un manejo inteligente de las situaciones, pueden llegar a tener un mayor poder decisorio en los medios, tanto mayor, por cierto, cuanto más colegiado y mejor sincronizado.

Termino. La solución radical del problema está en *la gente misma*, no como receptores aislados, sino *como colectivo consciente y organizado*. ¿Será ello todavía posible? El secuestro habitual y frívolo de los valores morales ha quedado siempre impune por la ingenuidad o el morboso masoquismo de una masa cómplice. No podemos permitirnos el lujo de la complejidad, cuando está en juego nuestra misma sobrevivencia como pueblo con perfil propio. Hay que romper el círculo «muy vicioso» de que los medios le dan a la gente lo que la gente quiere, ocultando que la gente, sin alternativa, acaba queriendo lo que los propios medios le inducen a querer.

A propósito de complicidades, ahora se entenderá mejor el sentido de lo que les narré al principio. Lo de los medios, el 16, no fue episódico ni accidental, sino reflejo de un problema estructural. Mi gesto personal de protesta —pequeño y todo— tampoco fue accidental ni episódico. Hay que *enmendar complicidades*. Hay que adoptar una actitud sostenida de protesta inteligente. Hay que hacer presión mancomunada. Hay que activar capacidades de resistencia. Hay que colaborar en la construcción de lo alternativo. No podemos permitir que a Venezuela le acaben secuestrando el alma.